

grandísimo pecado, sino porque castiga él mismo por su propio suplicio à él que le ha cometido, y que obra de este modo la justicia.

Pero el último caracter que hallo yo en este pecado, y que es el mas terrible, es que casi siempre es incorregible; dos razones dá de esto San Chrysostomo. La primera, porque es un pecado espiritual, que se considera como una fragilidad sin consequencia; porque se cree, que es natural el desear, que no está prohibido el solicitar lo que nos conviene, que no se quita à los otros, sino que se quisiera poderse lo apropiarse à sí mismo, y que en fin es una simple tentacion del espíritu, que solo hace daño al que se detiene en ella, y así se le mira sin horror, se comete sin escrupulo, y no se piensa en corregirle. La segunda razon que dá San Chrysostomo, es que la envidia es una pasion obstinada, y que casi no tiene quien la contenga; la dulzura, y la sumision apaciguan la colera, la caducidad de la edad, y las enfermedades detienen el curso de la desfeplanza, las desgracias, y las tribulaciones de la vida doman el orgullo, y la vanidad, la envidia no tiene obstaculo, atencion, complacencia, salud, enfermedad, prosperidad, adversidad, nada la contiene. Y así leemos en el Evangelio conversiones de publicanos, de ladrones, y de pecadoras, pero no se halla en él conversion alguna de Fariseos, cuya envidia era el pecado comun, y la pasion dominante. ¿Pues no tengo yo motivo de decir, que estas consideraciones debieran daros horror, y aversion à la envidia? Restame mostraros los remedios, ó por mejor decir las precauciones, que es necesario tomar para librarse de ella, que es mi segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

Quando yo hablo, hermanos míos, de las precauciones que se deben tomar contra la envidia, no pretendo hablar aqui de aquellas inquietudes que se tienen, y de aquellos cuidados que se toman para librarse de los golpes de los envidiosos. Mientras que huviera grandeza, y virtudes;

des entre los hombres, habrá preocupaciones, injusticias, y zelos; porque la grandeza es el objeto natural de la ambicion, y la virtud de los buenos es una censura muda, y una continua reprehension contra los malos. No obstante, San Bernardo nos enseña, que hay dos cosas, que pueden contener la envidia, ó una grande elevacion, ó una grande humildad. Veense ciertas virtudes, que la gracia de Jesu-Christo parece formar para ser admiradas; son tan superiores à las otras, que no pueden causarles sombras, cada uno respeta en ellas una perfeccion de que se siente no ser capaz; la envidia no tiene la temeridad de acometerlas, espira, digamoslo así, en la impotencia de llegar à ello, y así como un merito comun la commueve, y la excita, un merito singular la confunde, y la desespera.

La humildad es tambien un medio de librarse de los envidiosos. Hay ciertas virtudes, que se hacen pequeñas por grandes que sean, ocultanse quanto pueden à la sombra de la Cruz donde no son inquietadas. La envidia, que no quiere al que es feliz, sino porque le cree sobervio, perdona al que es verdaderamente humilde. ¿Qué injusticia, y qué inhumanidad sería turbar estas virtudes modestas, de las que aquellos mismos que las poseen, no se glorian! Y así como la dulzura, segun la Escritura, rompe la colera, se puede decir tambien que la humildad disipa la envidia.

Pero qué raros son estos exemplos, hermanos míos, y à quan pocas gentes se les concede este privilegio! Esta pasion de que voy hablando, no perdona de ordinario à los mas virtuosos, y Dios, cuya conducta es siempre santa, permite, que sus escogidos sean tan bien así tratados, para experimentar la fidelidad de los que le sirven, para despertar en ellos el sentimiento que deben tener de sus gracias, y excitar su reconocimiento para asegurar su virtud por sus persecuciones ordinarias. Descuidariase en las buenas prendas que se tienen, si no huviese envidiosos, que disminuyesen el valor, ó enemigos que indagasen los defectos; pondriase su felicidad en los bienes, y en las prosperidades de este mundo, si se gozasen sin alguna contradiccion, y apenas se ade-

lantaria en los caminos de Dios, si no se perfeccionase por estos ejercicios de caridad, de humildad, y de paciencia; y así no se trata aquí de los medios de no tener envidiosos, sino de los medios de no tener envidia contra nuestros hermanos: Y digo:

Que el medio mas seguro es desprenderse de las preocupaciones del aprecio general que se tiene de todos los bienes, y toda la gloria del mundo. San Pablo en su Carta à los Galatas, nos propone esta consideracion: *Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.* (a) No deseemos la gloria del mundo, disputando los unos contra los otros, y teniendonos envidia mutuamente, queriendonos enseñar que para vencer la envidia, es necesario cortar las raíces que son el aprecio, y la estimacion de los bienes del mundo, y el deseo de una vana gloria; porque nada excita la envidia, sino lo que antes estimula la codicia; es un principio de la moral que no son las ventajas espirituales, sino las utilidades temporales las que nos mueven; que un hombre vaya de virtud en virtud, que se santifique mas, y mas, que sea elevado à las luces de los Santos, y à las contemplaciones, nadie se inquieta; que un hombre adelante un grado en el favor, ó en la fortuna, que el Cielo haya derramado sobre él una prosperidad imprevista, se pasman, y se alborotan; no excita la virtud la emulacion, y la vanidad excita à la envidia, no porque la virtud no atrayga algunas veces la envidia de los que no son verdadera, y solidamente virtuosos, porque entonces se mira la devocion como un oficio en que le sería bien facil aventajarse; quisierase bien, si se pudiera pasar por un ilustrado en los caminos de Dios, servir de espectáculo en la Religion, ser el devoto, y el Propheta de su tiempo; gustárase de exercer sobre las almas sencillas un imperio absoluto de direccion, y de conducta, hacer escuchar sus decisiones, y sus consejos como oraculos, entrar en ministerios pomposos, y en ciertos comercios de buenas obras,

(a) Ad Gal. 5. v. 26.

obras, que son aplaudidos en el mundo; no es la virtud la que se desea, es la reputacion, y la alabanza de la virtud; el demonio le tiene envidia à Dios, no de que sea bueno, y sabio, porque procuraria adquirir esta bondad, y esta sabiduría, sino de que sea poderoso, y adorado, porque quisiera serlo como él, y tanto como él; tales son los deseos del envidioso, él no pide sino la gloria; dadle parte en los bienes de este mundo, que él dejará todas las virtudes aun à sus enemigos, y se reservará para sí solo todas las recompensas.

¿De qué proviene, pues, dice San Gregorio, que no se puedan ver en otro las menores prosperidades mundanas, sin que se ponga uno triste, y melancolico? sino de que se las estima, y se las ama, y porque es difícil no envidiar à otro lo que se desea para sí mismo: *Difficile est ut alteri non invideat quod adipisci alter exoptat.* (a) Y la razon que dá es, porque el honor, las riquezas, y los bienes temporales son finitos, y limitados, que la posesion de unos disminuye la de otros, que son menores en los particulares, quando están divididos entre muchos; y que es natural à la codicia querer apropiarse lo que cree que se la retiene, y se le cercena. Quereis, pues, estar esentos de este vicio, añade este Padre, pensad de ordinario, que el mundo solo tiene que daros algunos bienes fragiles, y que el Señor, segun el Apostol, es rico para con todos los que le invocan: *Dives in omnes, qui invocant eum;* (b) que aguardais una herencia en el Cielo, que el numero de los coherederos no la disminuye, que es comun à todos, y toda para cada uno, y que parece tanto mas abundante, quanto mas se comunica à muchas personas; pensad, que la disminucion de la envidia, es la estimacion de los bienes espirituales, y que su destruccion es el perfecto amor de la eternidad; que si nada deseais de lo terreno, no tendreis dificultad alguna en conservar la caridad, y lo que os hará morir à la envidia, será el estar debilitados por vuestra codicia.

La

(a) S. Greg. (b) Ad Rom. 10. v. 12.

La segunda consideracion es, que la caridad es la primera obligacion del Christiano; que el primer efecto de esta caridad, es la union, y la comunicacion de los fieles, y que el fruto de esta union es una participacion comun entre sí de las gracias que Dios les hace, y de las buenas obras que hacen ellos mismos. Por este medio hallamos en el proximo las virtudes, que no podemos tener en nosotros; lo que hace decir à San Agustín estas bellas palabras: *Regocijao con vuestro hermano de las gracias que Dios le ha hecho; y con eso tenéis parte en estas gracias; puede ser que tenga mas inocencia que vosotros; amadle, y esta inocencia está en vosotros: tenéis vosotros mas paciencia;* (a) pues que os ame, y que goce de vuestra paciencia, puede ser mas útil que vosotros por sus trabajos, y por sus vigili-
 as, no tengáis envidia, y tendreis parte en su estudio, vosotros podeis sostener mejor que él las austeridades de la Religion; pues que os alabe, y que alabe à Dios por vosotros, y con eso adquiere sin pensar el merito de vuestra penitencia; tal era la practica del Rey Propheta, que estimaba el bien ageno como suyo proprio, se santificaba en todos los Santos, se ilustraba en todos los Sabios, se enriquecia en todos los ricos, y participaba con todos los justos: *Particeps ego sum omnium timentium te:* (b) decia à Dios en la confesion de su caridad. Pues este es el provecho que nosotros podemos sacar por nuestra union con nuestros hermanos: ¿Qué apariencia, ni qué motivo hay para no regocijarnos del bien que les sucede, y del que hacen, puesto que en este comercio espiritual tenemos nosotros un mismo interés, y una utilidad comun?

La tercera precaucion que se puede tomar contra la envidia es, contenerse en los limites de su condicion, y perfeccionarse en la proporcion, y en la medida de los talentos que la Providencia Divina ha confiado à cada uno de nosotros sin medirnos por comparaciones odiosas con los otros. Porque de esto nace la mayor parte de los desordenes

(a) S. Augustinus. (b) Psalm. 118. v. 63.

nes de la envidia: Cree uno, que no está en el puesto que le pertenece, comienza uno à elevarse al principio en sí mismo por una falsa persuasion de su merito, buscarse despues los medios de subir al grado que se ha destinado, quisierase degradar, y hacer bajar à todos los que mira superiores à él; si no se les puede igualar, se hace quanto se puede para imitarlos, entretanto que se pueda adquirir su grandeza, se forma una por los nombres, y por los titulos que se toman, aumentase el equipage, multiplicanse los gastos, y no es por esto, y por esta envidia universal, por la que se confunden oy día la mayor parte de los estados, y de las condiciones de los hombres? Pero la envidia nunca es mas cruel que entre aquellos, à quienes una misma profesion debiera unir, y obligar à una mas estrecha, y mas sincera amistad; pero se perdonan de mas mala gana porque se hacen mas sombra, se ofenden mas facilmente por la necesidad en que se hallan de verse, y de conocerse; sus burlas son mas picantes, porque se hace una especie de estudio de sus defectos, y un placer de publicarlos. ¿Hasta donde no llegan las altercaciones de los Sabios, que disputan mas del espiritu, y de la doctrina? ¿Hasta donde no llega el furor de los que son concurrentes en valor, y en reputacion militar? ¿Qué enemistad mas implacable, que la que se forma sobre la gloria de la hermosura, y sobre el deseo, ó sobre la envidia de agradar? Pero lo mas deplorable que hay, es, dice S. Chrysostomo, que este vicio se desliza hasta en el Estado Ecclesiastico, en donde se ven algunas veces Sacerdotes de Jesu-Christo, ya Ministros de su palabra, levantar Altar contra Altar, y envilecer sus dignidades, y sus talentos por los zelos que conciben contra sus hermanos, en lugar de decir como Moysés: Pluguiese à Dios, que todos llegasen à ser verdaderos Predicadores, y Prophetas: *Quis mihi tribuat, ut omnis populus prophetet?* (a)

En fin, hermanos míos, por ultima precaucion contra la envidia, hay una atencion sobre sí mismo que hace, que

(a) Num. 11. v. 29.

en el silencio, y en el retiro se pare uno en las necesidades que tiene, y en las gracias que ha recibido, sin entrar à examinar inutilmente los negocios, y las revoluciones del siglo, porque en esta disipacion, y en este comercio del mundo es donde la caridad se resfria, y donde se enciende la envidia; allí es, donde viendo el orgullo, y la magnificencia que reynan en él, teneis verguenza de vuestra simplicidad, y de vuestra modestia, y que llenandose vuestra imaginacion de riquezas, de casas, y de muebles, no pudiendo satisfacer vuestra vanidad, irritais à lo menos vuestros deseos, y si no os cuesta vuestra salvacion, os costará à lo menos vuestro reposo por el disgusto de vuestro estado, y la inquietud de vuestra indigencia; allí es, donde por una indiscreta curiosidad, entrando en el secreto de las familias, informandoos de las prosperidades, ó de las desgracias del proximo, recogeis la materia de vuestra murmuracion, y de vuestra envidia; allí es donde, envidioso del gasto de este, de las galas de aquella, bajo el pretexto de igualdad, y de razon de estado, aumentais vuestro luxo con los ahorros de vuestra caridad, y de vuestras limosnas; allí es, en fin, donde alimentandose la envidia de todo lo que se vé, de todo lo que se dice, se esparce en el corazon este veneno, y esta muerte por los ojos, y por los oídos.

Sirvamonos de estas consideraciones, para preservarnos, ó para corregirnos de este vicio; busquemos en nuestros propios males las causas de nuestras aflicciones, y no en las prosperidades de nuestros hermanos. ¿Tenemos acaso mas dolor que el que necesitamos para llorar nuestros pecados? ¿Para qué nos tomamos otras penas, que las de nuestras penitencias? Los bienes de la tierra no son dignos de nuestros deseos, busquemoslos mas nobles, y mas durables; y si nuestro corazon no està satisfecho de su presente felicidad, que envidie la de los Santos, y la gloria de los Bienaventurados, que yo os deseo, &c.

FIN DEL QUINTO TOMO.

charitables; mais de cons- certes par déplacé dans un traité del propriétaires d'immeub^l

LE COLLÈGE DES « VIZCAINAS »



